

XIV.

El religioso que visita á media noche el relicario, el caballero que doma el troton belicoso, el que perece al són temido de la trompeta y el que muere oyendo el eco pacífico de las oraciones, son objeto de tus desvelos, que prodigas igualmente al guerrero y al tonsurado

(HIMNO Á SAN ANSELMO.)

—Sí, señor, es necesario que vayamos á visitar la gruta de Lynrass. ¿Quién había de decir que el ermitaño, á quien yo maldecía, como si fuese un espíritu infernal, sería nuestro ángel libertador?...

Con estas palabras Spiagudry hacia sonar en los oídos de Ordener su alegría, su admiración y su reconocimiento hacia el ermitaño misterioso. Por ellas puede deducirse que salieron ya de la torre maldita los dos viajeros. En el momento que nos encontramos con ellos han dejado ya bastante atrás la aldea de Vygla y siguen con dificultad un camino montuoso, lleno de charcos y piedras, depositadas por los torrentes pasajeros de la tempestad sobre la tierra húmeda. No es de día aun, pero ya los matorrales, que coronan las cimas de los peñascos por ambos lados del camino, se desprenden del cielo blanquecino como rayas negras, y la vista distingue los objetos, aun sin color, ir adquiriendo gradualmente sus formas, á la luz pálida y espesa que el crepúsculo del Norte derrama á través de las frías nieblas de la mañana.

Ordener caminaba en silencio, porque hacia algunos instantes que se había entregado al semisueño que el movimiento maquinal de la marcha permite algunas veces. No había dormido desde la víspera, que reposó en una barca de pescador, amarrada en el puerto de Drontheim, las pocas horas que mediaron entre su salida del Spladgest y su vuelta á Munckholm. Mientras su cuerpo se adelantaba hacia Skongen, su espíritu volaba al golfo de Drontheim, á la sombría prision que dentro de sus lúgubres torres encerraba al único sér al que le unían en el mundo las ideas de esperanza y de felicidad. El recuerdo de Ethel dominaba todos sus pensamientos cuando estaba despierto, y este recuerdo se convertía en imagen fantástica, que iluminaba todos sus ensueños cuando dormía. En la segunda vida del sueño, en la que el alma existe sola por un momento, en la que el sér físico parece haberse desvanecido, veía á su adorada virgen, no más hermosa, ni más pura, sino más libre, más feliz, más suya. Pero

en el camino de Skongen no podían ser completos el olvido de su cuerpo ni el letargo de sus facultades, porque de vez en cuando un hoyo, una piedra, una rama de árbol, en los que tropezaban sus piés, le hacían pasar bruscamente de lo ideal á lo positivo.

Levantaba entonces la cabeza, entreabría los fatigados ojos y se sentía descender de su hermoso viaje celeste á su penoso viaje por la tierra, y solo le recompensaba de sus ilusiones desvanecidas la idea de sentir apoyarse en su corazón el rizo que le pertenecía hasta que Ethel fuese toda suya. Luego este recuerdo reproducía la deliciosa imagen fantástica, y volvía á recaer suavemente en vaga y tenaz meditación.

—Señor, dijo Spiagudry con voz sonora, al mismo tiempo que Ordener tropezaba con el tronco de un árbol, que le despertó; nada temais. Los arqueros se fueron por la derecha con el ermitaño, al salir de la torre, y estamos ya á bastante distancia de ellos para poder hablar con libertad.

—Verdaderamente, le contestó Ordener, que lleváis al extremo la prudencia. Hace ya tres horas lo menos que hemos dejado atrás á la torre y los arqueros.

—Es cierto, señor; pero la prudencia no perjudica nunca. Si yo hubiese dicho cómo me llaman cuando el jefe de aquella patrulla infernal preguntó por Benigno Spiagudry, con voz semejante á la de Saturno cuando pidió que le dieran sus hijos para devorarlos, ¿qué sería ahora de mí?

—En aquel momento nadie hubiera podido obtener que dijerais vuestro nombre, aun cuando hubieran querido arrancárosle con tenazas.

—Hice bien, noble señor; si yo hubiese abierto la boca, el ermitaño no hubiese tenido tiempo para preguntar al jefe de los arqueros si su patrulla se componía de soldados de la guarnición de Munckholm; pregunta insignificante, pero que sirvió para ganar tiempo. ¿Reparó su merced en la singular sonrisa con que despues de la respuesta afirmativa del estúpido arquero le dijo el ermitaño que le siguiera, que él conocía la guarida del fugitivo Benigno Spiagudry? ¡Digno sacerdote, virtuoso anacoreta, que practica los principios de la humanidad cristiana y de la caridad evangélica! ¡Y me asustaba su exterior, que ocultaba un alma sublime! ¿Notásteis, noble caballero, algo de singular en el acento con que me dijo *hasta más ver*, al irse con los ar-

queros? En otra ocasión me hubiera sobresaltado, pero conozco que no tiene la culpa el excelente ermitaño de hablar con voz desagradable. La soledad dá sin duda á la voz un timbre extraño: conozco yo, señor, otro solitario formidable, que tiene la misma voz, y no se lo reprocharé por respeto al venerable ermitaño de Lynrass. Llevar guantes tampoco es cosa chocante; hace bastante frío para usarlos, y la bebida salada tampoco me extraña. Los cenobitas católicos se imponen á veces extrañas penitencias; y hasta esa se indica en este verso del célebre Urensio, religioso del monte Cáucaso:

Rivos despiciens, maris undam potat amaram.

No recordé ese verso en la torre de Vygla; tener más memoria me hubiera ahorrado locas alarmas. Verdad es que es difícil conservar ideas claras en un asilo de abominación y sentados á la mesa del verdugo. Del verdugo! De un sér condenado al desprecio y á la execración universal, que no se diferencia de los asesinos más que en la frecuencia y en la impunidad de sus asesinatos; un sér cuyo corazón reúne á la atrocidad de los más feroces bandidos la cobardía que ellos tienen; un sér que ofrece la comida y la bebida con la mano con que maneja instrumentos de tortura y hace rechinar los huesos de los condenados. Respirar el mismo aire que el verdugo! Eso es bochornoso. El canciller, despues de firmar su diploma, lo arrojó debajo de la mesa, en señal de asco y de disgusto. En Francia, cuando muere el verdugo, los sargentos del Prebostazgo prefieren, á sustituirle, pagar una multa de cuarenta libras. En Pest, el condenado Chorchill, al que se ofreció el perdón si quería ser verdugo, prefirió ser ejecutado á ser ejecutor. Todo el mundo sabe que Turmeryn, obispo de Maestricht, hizo purificar una iglesia porque había entrado en ella el verdugo, y que la zarina Petrowna se lavaba la cara cada vez que volvía de presenciar una ejecución.

Los reyes de Francia, para honrar á los militares, disponen que éstos sean castigados por sus compañeros, á fin de que, aunque sean criminales, no les cubra de infamia el contacto del verdugo.—Si algun día, señor, llego á ser poderoso, he de suprimir los verdugos y restablecer la antigua costumbre y las antiguas tarifas. Por asesinar á un príncipe se pagará, como en 1150, cuatrocientos cuarenta dobles escudos reales; por asesinar á un conde, mil cuatrocientos cuarenta escu-

dos sencillos; por idem á un baron, mil cuatrocientos cuarenta escudos menores. Por asesinar á un noble cualquiera, mil cuatrocientos ascalinos, y por asesinar á un plebeyo...—¿Oís el trote de un caballo que se acerca á nosotros?

Volviéron ambos la cabeza, y como amaneció durante el largo y científico soliloquio de Spiagudry, pudieron ver perfectamente á cien pasos de ellos á un hombre vestido de negro, haciéndoles seña con la mano de que parasen, y aguijando con la otra á un caballejo de color blanquecino, de esos que se encuentran con frecuencia, domados ó por domar, en las montañas bajas de la Noruega.

—Apretemos el paso, señor, dijo el miedoso conserje, porque ese hombre negro parece que sea un arquero.

—¡Siendo dos hemos de huir de un hombre!

—Sí, sí; veinte gavilanes huyen de un buho. ¿Qué ventaja nos puede reportar desafiar á la justicia?

—¿Quién os dice que ese hombre lo sea? replicó Ordener, que no conocía el miedo. Tranquilizaos, mi querido guía, que yo conozco al viajero. Detengámonos.

Se detuvieron, y un momento despues el ginete los abordó; Spiagudry cesó de temblar al reconocer al limosnero Atanasio Munder.

Saludólos éste sonriendo y detuvo el caballo, diciendo con voz alterada por el cansancio:

—Hijos míos, por vosotros he vuelto atrás, y Dios no permitirá sin duda que mi ausencia, que prolongo con caritativa intención, perjudique á los que mi presencia debe ser útil.

—Señor sacerdote, respondió Ordener, nos complacería infinito poderos servir de algo.

—Soy yo, por el contrario, noble mancebo, el que quiere servirlos. ¿Os dignareis decirme cuál es el objeto de vuestro viaje?

—Reverendo sacerdote, me es imposible contestaros.

—Deseo que haya por vuestra parte impotencia y no desconfianza, porque sino, desgraciado de mí! ¡Desgraciado de aquel de quien el hombre de bien desconfía, aunque no le haya visto más que una vez!

La humildad y la unción del sacerdote conmovieron á Ordener profundamente.

—Todo lo que puedo deciros, padre

mio, es que vamos á recorrer las montañas del Norte.

—Eso es lo que yo creia, hijos míos, y por eso vengo. Hay en las montañas bandadas de mineros y de cazadores, terribles muchas veces para los viajeros.

—Y qué?

—Sé que no debe intentarse apartar de su camino á un noble caballero que vá á buscar el peligro, pero el aprecio en que os tengo me inspira otro medio de seros útil. El desgraciado monedero falso, al que yo preparé para presentarse ante Dios, habia sido minero; un momento antes de morir me dió este pergamino, en el que está escrito su nombre, diciéndome que este salvo-conducto me preservaría de cualquier peligro si viajaba alguna vez por estas montañas. ¿De qué podría servir este salvo-conducto á un pobre sacerdote que ha de vivir y morir entre prisioneros? No lo rehusé por no afligir con una negativa al que dentro de pocos momentos no tendría nada que recibir ni que dar. Dios me inspiró, porque hoy puedo ofrecer os este pergamino para que os acompañe en los azares de vuestra peregrinación, y puede ser el dón del moribundo un beneficio para el viajero.

Ordener recibió enternecido el presente del venerable sacerdote.

—El cielo quiera que se cumplan vuestros deseos, le contestó; gracias os doy, á pesar de que aquí llevaba yo también mi salvo-conducto, añadió, poniendo la mano sobre el puño del sable.

—Acaso ese frágil pergamino os proteja mejor que vuestro acero. La mirada del penitente es más poderosa para el Señor que la espada del arcángel vengador. Adios; me esperan mis prisioneros. Rogad á Dios por ellos y por mí.

—Os prometí, repuso Ordener sonriendo, que vuestros penitentes obtendrían el perdón, y lo obtendrán.

—No habéis con esa confianza, hijo mio. No ofendáis al Señor. El hombre no sabe lo que pasa en el corazón de otro hombre, y vos no podéis saber lo que ha de decidir el hijo del virey. Quizás no quiera dar audiencia á un humilde sacerdote. Adios, hijo mio; bendiga el cielo vuestro viaje, y alguna vez consagrad un recuerdo al pobre sacerdote y una oración para los pobres prisioneros.

XV.

Bien venido, Hugo; dime, ¿has visto en tu vida tempestad tan terrible?
(MATURIN.)

En una sala contigua á los departamentos del gobernador de Drontheim, tres de los secretarios de su excelencia estaban sentados en un taburete alrededor de una mesa negra, cargada de pergaminos, de papeles, de sellos y tinteros, y cerca de la que un cuarto taburete vacío denunciaba que uno de los secretarios no se habia presentado aun. Mientras trabajaban, uno de ellos exclamó:

—¿Sabeis, Wapherney, que el bibliotecario Foxtipp vá á ser despojado del empleo por el obispo, por la recomendación con que apoyásteis el memorial del doctor Anglyvins?

—No lo creais, Ricardo, contestó aquel de los dos secretarios á quien Ricardo no se dirigia. Wapherney no pudo escribir en favor de Anglyvins, porque la demanda de ese hombre indignó al general cuando yo se la leí.

—Así me lo dijísteis, replicó Wapherney, pero yo ví en el memorial escrita la palabra *tribuatour* por la mano de su excelencia.

—Es cierto!

—Sí, y otras muchas decisiones de su excelencia, de las que me habeis hablado, están completamente cambiadas en las apostillas. Por ejemplo, en el memorial de los mineros, el general ha escrito: *negetur*.

—Estoy aturrido!... al general le inquietaba el espíritu turbulento de los mineros.

—Acaso trate de aterrarlos siendo severo con ellos; esto me lo hace creer el que la petición que presentó el sacerdote Munder en favor de doce condenados también ha sido negada.

El secretario al que se dirigia Wapherney se levantó y dijo bruscamente:

—Esto sí que ya no lo creo; el gobernador es muy humano y se mostró muy caritativo ante mí con aquellos pobres reos para que yo...

—Pues bien, Arturo, leed.

Arturo tomó el memorial, que puso en sus manos Wapherney, y vió en él el signo fatal de reprobación.

—Apenas creo lo que veo por mis ojos. Quiero volver á presentar este memorial. ¿Qué día apostilló su excelencia estos papeles?

—Hará unos tres días.

—Yo creo, repuso Ricardo en voz baja, que fué la mañana que precedió á la aparición tan breve y á la desaparición tan misteriosa del baron Ordener.

—Calla! exclamó vivamente Wapherney, antes que Arturo tuviese tiempo para contestar.—Aquí hay todavía un *tribuatour* en el burlesco memorial de Benigno Spiagudry.

Ricardo soltó una carcajada.

—¿Ese es el guardian de los cadáveres que de modo tan singular ha desaparecido?

—Sí, respondió Arturo; en su depósito de muertos se encontró un cadáver mutilado; de modo que la justicia persigue al conserje por sacrilego, pero su ayudante lapón, que ha quedado solo en el Spladgest, opina, como toda la gente del pueblo bajo, que por brujo se lo ha llevado el diablo.

—¡Hé aquí un personaje que deja famosa reputación! dijo riendo Wapherney.

En este momento entró el cuarto secretario.

—Tarde venís, Gustavo. ¿Os habeis casado por ventura?

—Cá! repuso Wapherney; habrá tomado el camino más largo para pasar con su capa nueva por delante de las ventanas de la amable Rosily...

—Ojalá fuera eso! contestó el recién llegado; la causa de mi retardo ha sido menos agradable, y dudo que mi capa nueva haya producido efecto alguno en los personajes que acabo de visitar.

—De dónde venís? preguntó Arturo.

—Del Spladgest.

—Dios es testigo de que nos ocupáramos de ese sitio cuando entrásteis. Por pasatiempo puede hablarse de él, pero no comprendo que se tenga gusto de entrar allí.

—Y mucho menos de detenerse en semejante lugar, añadió Ricardo.

—Sí, dijo Gustavo, tenéis curiosidad, no de ver, sino de oír, y os castigaria rehusando describiros los horrores de este sitio, que repugnan á vuestras imaginaciones delicadas.

Los tres secretarios instaron á Gustavo á que los refiriese; éste se hizo de rogar, pero como tenia deseos de relatarlos, cedió al poco tiempo.

—Wapherney, hablaré si me prometes transmitir á tu hermana lo que os cuento, ya que tanto le agradan las aventuras que asustan. Entré en el Spladgest arrastrado por la multitud que se apiña-

ba á la puerta, y no sin motivo, pues acababan de llegar los cadáveres de tres soldados del regimiento de Munkholm y los de dos arqueros, que se encontraron ayer á cuatro leguas de las gargantas, en el fondo del precipicio de Cascadthymore. Algunos espectadores aseguraban que esos infelices componían la patrulla enviada hace tres días á Skongen en busca del conserje fugitivo del Spladgest. Si esto es cierto, no se concibe cómo han podido asesinar á cinco hombres armados. La mutilación de sus cuerpos parece que indique que fueron precipitados desde lo alto de las rocas. ¡Esta idea hace erizar el pelo!

—Los habeis visto, Gustavo?

—Parece que los tenga aun delante de los ojos.

—¿Y se sospecha quiénes puedan ser los autores de ese atentado?

—Unos lo atribuían á una partida de mineros, asegurando que oyeron ayer en las montañas el sonido del cuerno que ellos usan, en vez de trompeta, para llamarse unos á otros.

—Eso dicen?

—Sí, pero un viejo campesino destruyó esta conjetura, haciendo observar que no existen minas ni mineros por la parte de Cascadthymore.

—Eso es verdad.

—Si los cuerpos no estuviesen enteros, podría creerse que hubiesen sido devorados por las fieras, porque se ven en sus miembros largos y profundos rasguños: en el mismo caso se halla el cadáver de un anciano con barba blanca, que llevaron al Spladgest anteayer por la mañana, después de la terrible tempestad.

—Se sabe quién es ese anciano?

—En su estatura, en su barba blanca como la nieve, en el rosario, cuyas manos apretaban todavía, algunos han creído reconocer á un ermitaño de las cercanías, al ermitaño de Lynrass. Es evidente que también fué asesinado, pero ¿con qué objeto? No se mata ya por opiniones religiosas, y el pobre religioso solo poseía su ropón de burriel y el afecto de sus devotos.

—¿Decís, Ricardo, que ese cadáver está desgarrado, como los otros, por las uñas de una fiera?

—Sí, sí; y un pescador aseguraba haber observado semejantes heridas en el cuerpo de un oficial, que hace ya algunos días se encontró asesinado en las playas de Urechtal.

—Eso es singular! dijo Arturo.

—Eso es horrible! añadió Ricardo.

—Ea, señores, silencio y á trabajar, repuso Wapherney, que el general vendrá de un momento á otro.—Tengo curiosidad por ver esos cadáveres, Gustavo, y si quereis, esta tarde, cuando salgamos, entraremos en el Spladgest.

XVI.

Poco la hubiera bastado para ser feliz. Una cabaña en el valle de los Alpes: los quehaceres domésticos hubieran satisfecho sus cortas necesidades y llenado su vida; pero yo—enemigo de Dios—no he descansado hasta desgarrar su corazón, hasta arruinar su suerte futura... Es necesario que sea víctima del infierno.

(GÖTTE.—Fausto.)

En 1675, esto es, veinticuatro años antes de la época en que pasa esta historia, fueron objeto de gran fiesta en la aldea de Thoctree las bodas de la tierna Lucy Pelnryh y del valiente, gallardo y honrado mancebo Carroll Stadt. Justo será decir que se amaban ya muchos años y que todo el pueblo les quería. Nacidos en la misma aldea, criados en los mismos campos, muchas veces, en su infancia, Carroll se dormía, cansado de jugar, reclinado en el seno de Lucy, y con frecuencia Lucy iba apoyada en el brazo de Carroll. Lucy era la más tímida y la más linda de las hijas de la comarca; Carroll el más bravo y el más noble de los jóvenes del canton: amábanse, y así se acordaban del día que empezaron á amarse como del día en que comenzaron á vivir.

Su casamiento no se celebraba espontáneamente ni sin inconvenientes, como sus amores, pues lo entorpecieron intereses domésticos, ódios de familia, parientes, obstáculos: un año entero estuvieron separados, y Carroll sufrió mucho lejos de su Lucy, y Lucy lloró mucho lejos de su Carroll, antes de que amaneciese el día feliz que los unió para no sufrir ya nunca ni llorar más que el uno al lado del otro.

Librando á Lucy de un gran peligro es como Carroll obtuvo su mano. Oyó un día lastimeros gritos en un bosque; acudió y vió á su Lucy en manos de un bandido temible en todo el país, que la sorprendió y quería robarla. Atacó intrépido Carroll al mónstruo de faz humana, al que el rugido singular que lanzaba había hecho dar el nombre de *Han*. Atacó al que nadie se atrevía á atacar; pero el amor le comunicó las fuerzas de un leon. Salvó á su amada Lucy, la entregó á su padre y éste se la concedió por esposa.

Día de regocijo fué para todo el pueblo el día en que se unieron los dos amantes. Solo Lucy estaba sombría: jamás, sin embargo, había mirado á su Carroll con mayor ternura; pero sus miradas, tan tristes como tiernas, eran objeto de asombro en medio de la alegría universal. A medida que parecía aumentar la felicidad de su amado, más expresaban los ojos de ella el sentimiento y el amor.—Oh, mi Lucy! la dijo Carroll, despues de la santa ceremonia; la presencia del bandido que es el terror de toda la provincia ha sido para mí la felicidad.—Lucy meneó la cabeza y no respondió.

Llegó la noche; dejáronlos solos en su nueva cabaña, y aumentaron en la plaza de la aldea las danzas y los juegos para celebrar la felicidad de los dos esposos.

A la madrugada del día siguiente Carroll había desaparecido: algunas líneas escritas de su puño al padre de Lucy Pelnryh fueron entregadas por un cazador de los montes de Kole, que le encontró antes de amanecer en las playas del golfo. El viejo Will Pelnryh presentó el escrito al cura y al síndico, y solo quedó de la fiesta de la víspera el abatimiento y la honda desesperación de Lucy.

Esa misteriosa catástrofe consternó á todo el pueblo, que inútilmente procuraron explicársela. Dijéronse muchas preces por el alma de Carroll en la misma iglesia en la que pocos días antes se habían entonado cánticos en accion de gracias por su felicidad. Por milagro no murió la viuda Stadt. Al cabo de nueve meses de soledad y de duelo dió á luz un hijo, y aquel mismo día un enorme peñasco pendiente que dominaba la aldea de Golum se desprendió, destruyéndola.

El nacimiento de su hijo no disipó el dolor sombrío de la madre. Gill Stadt no se parecía en nada á Carroll. Su feroz infancia prometía una juventud más feroz. Algunas veces, un hombre pequeño y salvaje—en el que algunos montañeses creían ver al famoso Han de Islandia—iba á la desierta cabaña de la viuda de Carroll, y los que pasaban entonces por allí cerca creían oír lastimeros quejidos de mujer entre rugidos de tigre. Llevábase el bandido al tierno Gill; pasábanse así meses y meses y luego se lo devolvía á su madre más montaráz y más bárbaro que antes.

La viuda Stadt miraba á aquel niño con mezcla de terror y de ternura. Estrechábale unas veces entre sus brazos de madre, como el único sér que la enlazaba á la vida, y otras veces le rechazaba con

espanto, llamando á Carroll, á su querido Carroll. Nadie podía conocer lo que pasaba en el corazón de aquella infeliz.

Cumplió Gill los veintitres años; vió á Guth Stersen y la amó con delirio; pero Guth era rica y él era pobre: entonces se fué á Roeraas con la idea de hacerse minero y de ganar dinero. Desde entonces su madre no volvió á saber de él.

Una noche, sentada delante del torno con que ganaba la infeliz su miserable sustento, velaba á la luz de la lámpara medio apagada, en su cabaña, entre las cuatro paredes, envejecidas como ella en la soledad y el duelo, y que fueron testimonios mudos de su noche de bodas. Con inquietud pensaba en su hijo, cuya presencia, tan ardentemente deseada, debía recordarle y producirle amargos dolores. Aquella pobre mujer amaba á su hijo ingrato; ¿y cómo no amarle, habiendo sufrido tanto por él?

Levantóse y fué á tomar en el fondo de su antiguo armario un crucifijo enmohecido. Contemplóle con ojos suplicantes, y luego, arrojándole al suelo con espanto, exclamó:—¡Yo no puedo ni debo rezar! ¡Debo suplicar al demonio, ya que pertenezco al infierno!

Y volvió á caer en sus profundas abstracciones, cuando llamaron á la puerta.

Rara vez esto sucedía en su casa porque hacia ya años que, por los misterios extraordinarios de su vida, toda la aldea de Thoctree la creía en relaciones con los espíritus infernales, y no había alma viviente que se atreviera á acercarse á su cabaña. ¡Extrañas supersticiones de aquel siglo y de aquel país ignorante! Aquella mujer debía al infortunio la misma reputacion de brujería que debía á la ciencia el conserje del Spladgest!

—Si fuese mi hijo! exclamó, precipitándose hácia la puerta.

Pero no llamaba Gill; llamaba un pequeño ermitaño vestido de tosco buriel, cuya capucha, echada sobre el rostro, solo dejaba ver una larga barba negra.

—Qué quereis de mí? ¿Sabeis á qué puerta habeis llamado?

—Sí, lo sé, contestó el ermitaño con voz ronca, y quitándose los guantes, la barba negra y la capucha, descubrió su rostro feroz, su barba roja y sus manos, armadas de repugnantes uñas.

—Oh! gritó la viuda, cubriendo el rostro con las manos.

—Qué es eso! dijo el mónstruo; ¿en veinticuatro años no te has acostumbrado aun á ver al esposo que debe acompañarte por toda una eternidad?

Y la infeliz murmuró con espanto: Por toda la eternidad!

—Escucha, Lucy, que traigo noticias de tu hijo.

—De mi hijo! Dónde está? ¿por qué no viene?

—No puede.

—Pero venís á darme noticias tuyas. Aun me podeis proporcionar alguna felicidad.

—Te las traigo, en efecto, contestó el mónstruo con sorda voz; porque eres una débil mujer, y me asombro de que hayas podido concebir semejante hijo. Regocíjate! Temias que tu hijo se me pareciese; no lo temas ya.

—Cómo! exclamó la regocijada madre; ¡mi querido Gill no es ya lo que era, ha cambiado!...

El ermitaño contemplaba aquella alegría con funesta sonrisa.

—No es ya el que era! dijo.

—¿Y por qué no ha volado á echarse en mis brazos? Dónde está? qué hace?

—Duerme.

La pobre viuda, en el exceso de su alegría, no observaba las miradas siniestras ni la expresion horrible y sardónica del mónstruo.

—Y por qué no le habeis despertado?

—Porque su sueño es muy profundo.

—Cuándo vendrá? Decidme, por Dios, si lo veré pronto.

Sacó el recién llegado de debajo de su hábito una especie de copa de forma singular.

—Pues bien, dijo, ¡bebe á la próxima vuelta de tu hijo!

La viuda lanzó un grito de horror. Aquella copa era un cráneo humano. Hizo un gesto de espanto y no pudo articular ni una sola palabra.

—No, no, gritó el mónstruo con voz terrible; no apartes los ojos, mira. ¿No querias ver á tu hijo? Míralo, porque esto es todo lo que queda de él.

Y al resplandor rojizo de la lámpara presentaba ante los labios pálidos de la madre el blanco cráneo de su hijo.

Demasiadas desgracias le habían afligido ya para que una más la aniquilara. La infeliz dirigió al feroz ermitaño una mirada fija y estúpida.

—Oh, dejadme morir! exclamó con voz desfallecida.

—Muérete si quieres, pero acuérdate, Lucy, del bosque de Thoctree; acuérdate del día en que el demonio, apoderándose de tu cuerpo, dió tu alma al infierno. Yo soy el demonio, Lucy, y tú eres mi esposa eterna. Ahora muere si quieres.

Era creencia general en aquellos países supersticiosos, que algunos espíritus infernales se aparecían á los hombres de vez en cuando, para vivir entre ellos la vida del crimen. Han de Islandia habia adquirido esa espantosa reputacion. Creíase tambien que la mujer que por seducción ó por violencia era presa de uno de esos demonios de forma humana, quedaba irrevocablemente, por esta desgracia, condenada á ser su eterna compañera en los infiernos.

Los sucesos que el ermitaño recordaba á la viuda despertaron en ella estas ideas.

—Dios mio! exclamó dolorosamente: conque no puedo aun ni perder la vida! Y yo qué mal hice? Tú lo sabes, Caroll mio, soy inocente. ¡La fuerza de una doncella no puede resistir la del demonio!

Al decir esto la infeliz, sus miradas eran extraviadas y sus frases incoherentes parecían producidas por el temblor convulsivo de sus labios.

—Sí, Caroll mio, desde aquel dia soy impura é inocente al mismo tiempo, ¡y el demonio me pregunta si recuerdo ese dia horrible!... Caroll, esposo mio, nunca te engañé; llegaste demasiado tarde y le pertencí antes de ser tuya. ¡Ay, y mi castigo será eterno!... ¡Oh, no, jamás volveré á reunirme contigo, contigo á quien adoro!... Para qué he de morir? ¿Para ir con ese mónstruo al mundo de los condenados? ¿Para que mis desgracias se consideren crímenes en la eternidad?

Volviéndose de repente hácia Han, prosiguió diciendo con la mayor exaltacion:

—Decidme, ¿no es verdad que todo esto no es más que un sueño horrible, producido por vuestra presencia? Porque bien lo sabeis; desde el dia de mi pérdida, todas las noches fatales que vuestro espíritu me visitaba han estado llenas para mí de impuras apariciones, de aterradores sueños y de visiones espantosas.

—Mujer, vuelve en tí y recobra la razon. Tan cierto es que estais despierta, como es verdad que Gill murió.

El recuerdo de sus antiguos infortunios habia casi borrado en la desventurada madre el de su nueva desgracia; estas palabras se la recordaron.

—Hijo mio, hijo de mi alma! exclamó con tan desgarrador acento, que hubiera conmovido á cualquiera menos al infame que la escuchaba.—El volverá!... ¡No, no ha muerto! ¡No puedo creer que ha muerto!

—Pues preguntásele á los peñascos de

Rœraas, que lo reventaron, y al golfo de Drontheim, que se lo tragó.

La pobre viuda cayó de rodillas, exclamando:

—Dios mio!

—Cállate, esclava de los infiernos! no dudes de la muerte de tu hijo; fué castigado por donde su padre pecó. Se ablandó su corazon de granito al fuego de la mirada de una mujer. Yo sí que te poseí, pero nunca te amé. La desgracia de tu Caroll se ha repetido en él. Su prometida engañó á nuestro hijo y ella es la que ha causado su muerte.

—Muerto! muerto! ¡Oh, Gill, hijo de mi desgracia, concebido en el terror y dado á luz en la agonía! ¡Tu boca de niño desgarró mis pechos; jamás tus caricias correspondieron á mis caricias, ni tus abrazos á mis abrazos! ¡Huiste siempre de tu madre, solitaria y abandonada en la vida! Hacías que me olvidara de los pasados disgustos, proporcionándome otras pesadumbres; me abandonaste por el demonio, autor de tu existencia y de mi viudedad; nunca me diste ni una sola alegría, y sin embargo, hoy tu muerte es para mí la más insoportable de las aficciones; hoy tu recuerdo es para mí memoria de encanto y de consuelo.

No pudo continuar la infeliz y calló, sollozando dolorosamente.

—Enfrena tu dolor, como yo he dominado el mio. Mientras lloras á tu hijo, yo empezaré á vengarle. Le engañó su prometida por un soldado de la guarnicion de Munckholm, y todo el regimiento morirá á mis manos. Mira, Lucy.

Diciendo esto subióse las mangas y enseñó á la viuda sus disformes brazos teñidos de sangre.

—En las playas de Urchtal, en las gargantas de Cascadthymore, el espíritu de Gill debe vagar con alegría. Lucy, ¿no ves esta sangre? Consuélate, pues.

De repente, como herido por un recuerdo, preguntó:

—¿Te han entregado de mi parte un cofrecillo de hierro? ¡Te envié oro, te traigo sangre, y lloras todavía!

La viuda, ensimismada en su desesperacion, callaba.

—¡Tú no eres de la raza de las mujeres! exclamó con risa feroz y sacudiendo su brazo para que le escuchase. Dí: ¿te ha traído un mensajero de mi parte un cofrecillo de hierro bien cerrado?

Lucy, concediéndole momentánea atencion, hizo con la cabeza un signo negativo y volvió á caer en su silencioso abatimiento.

—Ah, miserable, miserable Spiagudry! gritó el mónstruo; ¡caro te costará ese oro!

Y despojándose de su traje de ermitaño, se lanzó fuera de la cabaña, rugiendo como una fiera que olfatea un cadáver.

XVII.

Señor, peino mis cabellos y los peino llorando, porque me dejais sola y os vais á las montañas.
(LA DAMA DEL CONDE.—Romance.)

Habia ya contado Ethel cuatro dias largos y monótonos desde que vagaba sola por el sombrío jardin de la torre de Slesvig, sola en su oratorio, testigo de muchos lloros y confidente de muchos juramentos; sola en la larga galería, en la que una vez no oyó dar las doce de la noche: su anciano padre la acompañaba algunas veces, pero no por eso se encontraba ella menos sola, porque el verdadero compañero de su vida estaba ausente.

Pobre niña! Tan jóven y tan pura, víctima ya de tanto infortunio! Arrebatada al mundo, á los honores, á las riquezas, á las alegrías de la juventud y á los triunfos de la belleza, desde la cuna pasó á un calabozo: cautiva al lado de su padre cautivo, creció viéndole consumirse, y para colmo de sus dolores, para que no desconociese ninguna clase de esclavitud, el amor fué á encadenarla en la prision.

Si al menos pudiese tener á Ordener á su lado, ¿qué le hubiera importado estar privada de la libertad? ¿Hubiera echado de menos un mundo, del que se la separó? No; porque su mundo y su cielo los hubiera encontrado en aquel castillo y bajo las negras torres erizadas de soldados.

Pero por segunda vez se ausentaba Ordener, y en vez de pasar con él horas cortas, pero continuas, entre santas caricias y casto amor, pasaba las noches y los dias en llorar su ausencia y rezando para que se salvase de todos los peligros.

Algunas veces envidiaba las alas á la libre golondrina, que venia á pedirla sustento por entre las rejas de la prision.

Otras veces dejaba vagar sus pensamientos con la nube que un viento rápido impelia hácia el Norte; y luego, de repente, volvía la cabeza y se cubria los ojos como si temiese ver aparecer al gigantesco bandido, empezando un desigual combate en uno de los lejanos

montes, cuya azulada cumbre aparecía en el horizonte como una nube inmóvil.

¡Es muy cruel amar para el que está separado del objeto querido! Pocos corazones sienten en toda su extension ese dolor, porque pocos corazones conocen el amor en toda su profundidad. En esa situacion, indiferente el alma en cierto modo á su propia existencia, se crea para sí misma sombría soledad, vacío inmenso, y para el amado ausente no sé qué mundo espantoso de peligros, de mónstruos y de decepciones; las diversas facultades que constituian nuestra naturaleza se cambian y se pierden en un deseo infinito del sér que nos falta, y todo lo que nos rodea está fuera de nuestra vida. Sin embargo, se respira, se anda, se vive, pero sin pensar: como un planeta descarriado que ha perdido su sol, el cuerpo se mueve á la ventura; el alma está en otra parte.

XVIII.

Y sobre un negro escudo, allí implacables, los siete jefes á los altos dioses aterran con terrible juramento. Y en la sangre de un toro que acaban de inmolar, tintas las manos, todos vengarse juran...

(ESQUILLO.)

Las playas de la Noruega abundan en bahías estrechas, en arrecifes, pantanos y puntas de tierra tan numerosas, que cansan la memoria del viajero y la paciencia del topógrafo. Antiguamente, si damos crédito á la tradicion popular, cada istmo tenia su demonio particular, cada ensenada su hada que la habitaba, cada promontorio su santo que le protegía; que la supersticion mezcla todas las creencias para asustarse á sí misma. En la playa de Kelvel, algunas millas al Norte de la gruta de Walderhog, existia el único sitio que estaba libre de toda jurisdiccion de los espíritus infernales, intermediarios ó celestes. Era éste la llanura ribereña dominada por las rocas, sobre cuya cumbre se veían aun antiguas ruinas del castillo de Ralph ó Rodolfo el Gigante. Esa pequeña pradera inculta, que el mar ceñía por el Poniente y estrechamente encerrada entre peñas cubiertas de matorrales, debia el mencionado privilegio al nombre de su antiguo señor noruego, su primer poseedor. Porque ¿qué hada, qué angel ni qué demonio se hubiera atrevido á hospedar-se en el territorio que ocupaba y protegía Ralph el Gigante?

Su formidable nombre bastó para impedir carácter espantoso á aquellos